

En el cincuentenario de la muerte de un cubano sabio

FINLAY, EL HOMBRE DEL MOSQUITO

por el Dr. HERNÁN ROMERO

La historia de la ciencia está sembrada de controversias sobre la paternidad de inventos y descubrimientos. A veces han participado en ellas los presuntos autores de unos y otros; pero no es raro que hayan conmovido a grandes grupos y aún a naciones, que se enconaran y prolongaran más o menos indefinidamente. El fenómeno se explica, parcialmente, porque es del todo excepcional que el mérito del hallazgo pertenezca a una sola persona. Lo que uno intuyó otro vino a demostrar años más tarde. Puede que éste partiera de una observación ocasional a que no se concedió importancia o validez en el momento en que se formuló y quedó olvidada. Casi todos tienen predecesores en el trabajo experimental o en la línea de pensamiento que conduce a una adquisición definitiva.

Carlos Juan Finlay no figura en la Enciclopedia Británica ni en más de algún libro sobre fiebre amarilla. En cambio, fue candidato al Premio Nóbel; recibió, en vida, el homenaje desbordante de sus conciudadanos y de muchos extranjeros; la fecha de su nacimiento, el 3 de diciembre, ha sido consagrada, en varias partes, como el Día del Médico y no sólo los cubanos lo consideran como una de las figuras más egregias del mundo latinoamericano en el campo de nuestra profesión. En la Perla del Caribe se levantan innumerables estatuas suyas y se ha prodigado su nombre en calles y plazas, instituciones y sociedades. No faltan tampoco en otros países y nadie que estudie su vida y su obra con penetración y ecuanimidad puede negar su grandeza.

Seducido por el espejismo del nuevo mundo, Eduardo, su padre, se embarcó en una de las expediciones que vinieron a auxiliar la gesta emancipadora de Bolívar. Así como en la decisión de Inglaterra de procurar estas ayudas al ilustre venezolano debe haber influido el propósito de aniquilar el poder colonial de España, en el joven médico hubo de pesar el afán de avecindarse en una tierra donde gozara de libertad. Idéntico móvil guió antes a América a los Padres Peregrinos que desembarcaron junto a la Roca de Plymouth. Lo sugiere el antecedente de que se llamara Washington su hermano mayor. Una tempestad lo arrojó a Trinidad y se estableció entonces en Puerto España. Originario de Hull y de nacionalidad británica, había cursado medicina en Rouen y previo examen, fue autorizado para ejercerla en el sitio de su residencia. En 1831 se trasladó a Puerto Príncipe donde nació, dos años más tarde, Carlos Juan, que fue el segundo de la familia.

En el hecho radica la primera interrogante en la vida azarosa de este personaje ilustre. En el Archivo Nacional de Cuba se conserva un documento en que el propio Finlay escribe, de puño y letra, la declaración de que es natural de la Isla Trinidad de Barlovento. A la circunstancia se agrega que sus historiadores reconocen que conservó la nacionalidad de su progenitor hasta la independencia por cuyos efectos pudo convertirse de súbdito británico en ciudadano cubano. Como para sus compatriotas importa muchísimo que lo sea de origen, han desenterrado la partida de bautismo, que está fechada el 2 de enero de 1834 en la Iglesia Parroquial Mayor de Camagüey. Confirmó el aserto un íntimo suyo en cuyos papeles póstumos se encontró la aseveración de haber asistido a la ceremonia; pero la sitúa en febrero del mismo año.

Carlos Juan siguió sus estudios secundarios en Alemania y Francia. Necesitó interrumpirlos en dos oportunidades, al menos, por un ataque de corea, la primera y por una tifoidea grave, la segunda. A aquella enfermedad se inculpa de cierta dificultad en la articulación de la palabra y aún la tartamudez de que habría adolecido prolongadamente. Como no se los convalidaron en la Universidad de La Habana, resolvió matricularse en el Colegio Médico de Jefferson, en Filadelfia. Si bien pudo adquirirlo de su padre, cabe suponer que aquí adquirió el amor por la investigación. De todos modos aprendió, sin duda, lo que se denominaba entonces teoría microbiológica de las enfermedades y este conocimiento justifica que, a la postre, militara entre los contagionistas en las disputas con los localistas. Sustentaban los últimos la existencia de constituciones epidémicas —en la expresión críptica de Sydenham, que adoptó la época— vale decir, de conflagraciones de factores ambientales que desencadenan el flagelo, en tanto que aquéllos aceptaban ya un agente microscópico y susceptible de transmitirse de sujeto en sujeto. Tampoco Finlay se afilió inicialmente en este grupo, como prueban sus repetidas comunicaciones sobre la alcalinidad de la atmósfera y su relación con los estallidos arrasadores de fiebre amarilla.

Tampoco le validaron, lógicamente, a su regreso de Estados Unidos, esta fase de su educación y debió rendir las pruebas que exigía la Universidad de La Habana. Agregada a su natural nerviosidad, habría sido causa de que fracasara la alteración funcional de que sufría. Quiso repetirlas antes del año que los reglamentos prescribían como intervalo mínimo; pero su solicitud, concebida en términos impresionantemente respetuosos, fue denegada. Habla de que hizo aún el depósito de trescientos pesos y le aconteció la desgracia de recibir censura de reprobado. Sobrellevó, pues, dos reveses antes de recibir su título. Tantos o más superó en su pretensión de ingreso a la Academia de Ciencias Médicas, Físicas y Naturales, como miembro supernumerario y corresponsal, sucesivamente. Aspiró a esta condi-

ción, aduciendo que se alejaría del país por tiempo indefinido. No se vino a incorporar sino varios años después, cuando hubo un sillón vacante; pero ahora accedió en calidad de académico de número y con el asentimiento unánime de los consocios.

No cabe poner en tela de juicio la originalidad de la concepción que lo inmortalizó. En sus días, la etiología y la forma de difundirse de la fiebre amarilla constituían misterio insondable y si bien es cierto que Sir Ronald Ross y Manson probaron que un mosquito sirve como mesonero intermediario en la malaria, se conoció esta demostración dos o tres años después. Requirió, evidentemente, imaginación y perspicacia suponer que ocurriera algo semejante en esa otra dolencia. De tal modo valiosa fue esta interpretación que el mismo Ross recabó autorización de Finlay para presentar su candidatura al Premio Nóbel de 1906, que él había obtenido en 1902. La condición de laureado lo facultó para formular una postulación cada año. En el documento que elevó al jurado sueco, afirma que sus brillantes servicios a la ciencia y a la humanidad lo hacen acreedor, más que nadie, al galardón. No sólo reveló el vehículo de transmisión, sino que "en una labor de genio" identificó cabalmente la especie a que pertenece el insecto. Las medidas que propuso para exterminarlos, en 1894, fueron las mismas que puso en práctica Gorgas en 1901 y que permitieron desarraigarse prontamente el mal, no sólo de Cuba y varias naciones centroamericanas, sino también de Guayaquil, que representó el foco endémico mayor y de más antigua data. Permitieron, asimismo, la apertura del Canal de Panamá, empresa en que las pestilencias derrotaron antes a Fernando de Lesseps. Al retirarse comentó, plañideramente, que dejaba el cadáver de un francés debajo de cada durmiente del ferrocarril.

Tanta era la obsesión de Carlos Juan y con tanta frecuencia formulaba su tesis que se le llamó el hombre del mosquito y se dijo que solía portar algunos especímenes, dentro de un tubo de ensayo, en el bolsillo de su levita. Postuló su teoría con gran convencimiento y acopio de argumentos en la sesión de la Academia de 14 de agosto de 1881. No fue rebatida ni mereció el menor comentario de sus colegas: cayó en el vacío y el autor se sintió abrumado por una tremenda desilusión. Con el andar de los años, creyó haberla demostrado en cinco casos. Por cuanto transcurrió mucho tiempo antes de que se supiera que el *Macacus rhesus*, primero y después, el ratón blanco —inoculado por vía intracerebral— son susceptibles a la infección de laboratorio, sólo era posible entonces emplear voluntarios humanos. De esos cinco individuos, uno habría caído con un cuadro típico, pero benigno y de los otros, dos habrían tenido formas "frustras" y "abortivas", respectivamente.

Muchos comentaristas y sobre todo los que atribuyen a Reed la gloria del hallaz-

go sostienen que esas pruebas no fueron demostrativas y no pudieron serlo. Finlay ignoraba que el virus necesita cumplir un período de incubación en el organismo del vector antes de que se torne infectante y él no lo respetó, naturalmente. Creyó que "las partículas" —o sea, esos virus— que se encuentran suspendidas en los líquidos ingeridos por el zancudo, son retenidos en la lanceta cuya estructura facilita dicha retención. Funcionaría así el díptero como la aguja voladora que se ha descrito en la mixomatosis australiana, en circunstancias que, en ese caso, penetra en el organismo del insecto. En puridad de verdad, ambos errores no menoscaban el valor de las comprobaciones. Todas ellas están sujetas, evidentemente, a perfeccionamiento ulteriores. El propio Reed falló en sus intentos de provocar la enfermedad en monos, empleando ejemplares nativos —porque no sabía que suelen estar inmunes— y no, en los que se trajeron después de India.

Estados Unidos afrontó, en 1898, el peligro amarílico con motivo de la ocupación militar de la Isla. Para solucionarlo envió, unas tras otras, diversas misiones sanitarias. Miembro de la Cuarta Comisión, Walter E. Reed escolló, como sus antecesores y sus compañeros, con obstáculos infranqueables. Como los numerosos procedimientos de lucha de que se echó mano siguieron siendo estériles y las gentes, muriendo a raudales, se resolvió, después de muchas trepidaciones, a poner a prueba las ideas de Finlay. Prescindiendo de que, durante unos veinte años, se desoyeran sus consejos y aún se le ridiculizara encarnizadamente, le entregó Carlos Juan huevos de mosquito de su criadero y sus publicaciones, que ahora el americano leyó, por primera vez. Entonces emprendió éste experiencias sistemáticas y rigurosas, que trajeron por consecuencia la inmólación del doctor Lazear y de una enfermera, entre muchas personas. Se dejaron picar por zancudos infectados todos los componentes de la misión —desde el mayor hasta los soldados— y más de un centenar de sujetos que se ofrecieron espontáneamente. La oferta excedió siempre de la posibilidad de aprovecharlos y sólo exigían que no se les compensara pecuniariamente.

Dolorosos y trágicos, los experimentos condujeron a resultados concluyentes y la tesis del cubano quedó definitivamente consagrada, a la vez que vindicada su figura. En alguna oportunidad, Reed aseguró que "al doctor Carlos Juan Finlay debe darse pleno crédito por la teoría de la propagación de la fiebre amarilla por medio del mosquito"; pero la alusión fue meramente ocasional. No lo mencionó en diferentes informes y lo consideró acaso un teorizante. Aparece menos perdonable esta debilidad en un individuo de sus calidades, porque Reed también fue, incuestionablemente, una estrella de primera magnitud en el ámbito de la ciencia y la práctica sanitarias.

La enunciación de las tareas en que se empeñó Finlay sería cuento de nunca aca-

bar. Durante la epidemia de cólera de 1867 y 1868, determinó que provenía de la Zanja Real y aconsejó no utilizar sus aguas para ningún propósito. Hacía apenas 20 años que Snow había evidenciado este mecanismo de contaminación. Carlos Juan quiso llevar al público estas indicaciones y escribió una carta abierta al Diario de la Marina; pero la suprimió la censura. En 1903 sugirió que el tetanus neonatorum provenía frecuentemente del pábilo con que se envolvía el cordón umbilical de la criatura. Se hallaron en esta cuerda suelta de algodón nidos de las esporas patógenas y se comenzó a preparar una cura aséptica para el ombligo, que se distribuye gratuitamente hasta hoy. Autor prolífico, escribió sobre los asuntos más dispares y fue, al decir de Carter, el más lógico, dedicado y erudito de quienes proclamaron que la fiebre amarilla es oriunda de América. Instaurada la República, se le designó primer Jefe de la Sanidad, servicio que organizó con talento y decisión.

Profundamente desinteresado, dispuso de recursos económicos discretos, no obstante su vasta clientela. Pulcro de modales, vestía muy conservadoramente; abstinencia y gran fumador, gustaba de jugar ajedrez y conservaba de los tiempos de Maguncia, la afición por los ejercicios físicos. Esposo solícito, educó a sus hijos con esmero y grabó, en todas partes, las huellas de una personalidad rica y generosa. Después de vivir una jornada larga, afanosa y fecunda, falleció, viejo para sus años, el 20 de agosto de 1915. Al medio siglo de su muerte, muchos médicos iberoamericanos sentimos el imperativo de destacar la memoria imperecedera de un hombre que fue honra y prez de nuestra profesión y de estos continentes.

PELICULAS EXPERIMENTALES CHILENAS SE EXHIBIERON EN BUENOS AIRES

Una muestra de corto metrajes producidos por Cine Experimental de la Universidad de Chile, fue presentada en Buenos Aires en la primera quincena de julio. Tres películas de Helvio Soto, el Director del Canal 9 de Televisión, y una de Joris Ivens, "A Valparaíso", que ha conquistado ya varios primeros premios en Festivales Internacionales y que fuera producida conjuntamente por Cine Experimental de la Universidad de Chile y Argos-Film, formaron la muestra que se presentó bajo los auspicios de la Embajada de Chile en Buenos Aires, bajo la coordinación del Agregado Cultural, don Alejandro Gumucio.

El viaje permitió consolidar contactos con la Cinemateca Argentina y el Instituto Nacional de Cinematografía,

entre otros numerosos organismos, concretándose, con este último, la programación de un ciclo antológico de cine argentino que se realizará en Santiago, Valparaíso y Viña del Mar, en el curso del próximo mes de octubre. Igualmente, la visita a Buenos Aires, como asimismo a Montevideo —por invitación del *SOBRE*—, posibilitó particularmente al Director del Departamento Audiovisual, vincularse con elementos de radio y televisión, además, lo que podrá significar en el futuro acciones conjuntas, muy en especial con los diversos organismos del *SOBRE* (Servicio Oficial de Difusión Radioeléctrica), de Montevideo, que mantiene una red de radioemisoras, además del Canal 5 de televisión en la capital uruguaya, encontrándose enfrentado a la tarea de montar una cadena de estaciones de televisión en la región interior del país. Se tuvo así la oportunidad de apreciar el interés con que se sigue en el exterior la experiencia de la televisión universitaria en Chile, que es el único país en el mundo actualmente, donde la televisión se encuentra en manos exclusivamente de las Universidades,